

LA HISTORIA DEL HOMBRE

P. FR. Marcos Rodolfo González O.P.

Lector y Licenciado en Teología.

Introducción.

Nos referiremos centralmente a la historia. Dada la íntima relación de la historia con el tiempo y el movimiento, expondremos previamente algunas nociones sobre el movimiento y el tiempo. Y tendremos ante nuestros ojos las sabias palabras del Papa Juan Pablo II: “¡ El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia! En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, “cuando se cumplió el tiempo establecido” (Gal 4,4). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última. En efecto, por medio de él, Verbo e imagen del Padre, “todas las cosas fueron hechas” (Jn 1,3; cf. Col 1,5). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el reino de Dios se ha hecho cercano (cf. Mc 1,15), más aun, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol (cf. Mc 4,30-32), en nuestra historia” (1)

I.- El movimiento.

El movimiento se considera en sentido propio y en sentido impropio o metafórico (2). El movimiento en sentido propio es el tránsito de un sujeto de un modo de ser a otro modo de ser o de tenerse, como cuando el agua es calentada. Es lo que se dice el acto del imperfecto y requiere un ser en potencia. Es el acto del ser en potencia en cuanto está en potencia.

El movimiento en sentido impropio es toda operación, como el pensar, el amar, el sentir. Se entiende como el “actus perfecti”. El acto del ente en acto.

Dios es inmutable. Solamente puede decirse en El un movimiento en sentido impropio o metafórico. Un dinamismo de pura actualidad es lo que corresponde al acto puro de ser en cuanto entiende y quiere.

En el caso del hombre en cuanto entiende y quiere o ejercita su inmanencia operativa se da como una compenetración de las dos formas del dinamismo Y esto, en razón de la potencia que entra en la constitución de la creatura.

II.- El tiempo.

El tiempo es una forma o modo de duración.

La duración es la permanencia de una cosa en la existencia. (3).

El tiempo, en relación al movimiento propiamente dicho y físico, se puede considerar de una doble manera.

En un sentido lato: en cuanto duración intrínseca de cualquier movimiento (4)

En un sentido más propio y estricto: en cuanto duración del movimiento más uniforme y regular bajo el cual los restantes se contienen y regulan. Y éste es el tiempo extrínseco respecto de los movimientos inferiores, aunque intrínseco respecto del primer movimiento (5). Se trata de la duración del movimiento del llamado primer cielo o movimiento del día.

“El tiempo tomado estrictamente como mensura regular del movimiento es subjetivamente en el primer movimiento, y allí tiene razón de mensura intrínseca respecto del mismo y extrínseca respecto de los otros movimientos” (6)

El tiempo tomado en sentido lato como mensura de cualquier movimiento acompaña a dicho movimiento, se multiplica y sujeta en el mismo y se subordina al primer tiempo que es medida de los restantes (7).

Así nosotros y nuestras cosas quedamos mensurados temporalmente con el movimiento diurno o del primer cielo.

El tiempo se distingue de la eternidad y del evo.

La eternidad es la “medida del ser permanente” (8) o inmutable. En cambio el tiempo es la medida del movimiento o del ente sucesivo, como acontece en los seres corruptibles. El evo es la medida de la substancia intrínsecamente intransmutable en cuanto al esse, pero que sin embargo tiene conjunta cierta transmutabilidad en el orden operativo, como acontece por ej. en los ángeles. En el orden del evo, la unidad del mismo se considera en orden a un primer evo o supremo ángel bueno. (9)

Consta que la operación humana es algo central en la historia. Considerando a la acción humana vemos que ella tiene que ver con el movimiento y el tiempo. Y que el hombre mismo es un ser mutable y temporáneo.

Sin embargo la operación humana en su faz inmanente dice una trascendencia sobre el movimiento físico y el tiempo consiguiente.

S. Tomás dice en la Summa Theol. 1,18,3, ad 1: “Al primero hay que decir que, como se dice en el IX Metaphys. doble es la acción: una, que pasa a la exterior materia, como calentar y secar; otra, que permanece en el agente, como entender, sentir y querer. De las cuales esta es la diferencia: porque la primera acción no es perfección del agente que mueve, sino del mismo movido; pero la segunda acción es perfección del agente. De donde, como el movimiento es acto del móvil, la segunda acción, en cuanto es acto del operante, se dice movimiento del mismo; por esta semejanza, que, como el movimiento es acto del móvil, así la acción de este modo es acto del agente; aunque el movimiento sea acto del imperfecto, a saber del existente en potencia, pero la acción de este modo es acto del perfecto, es decir del existente en acto, como se dice en el III De anima. Por consiguiente por este modo por el cual el entender es movimiento, aquello que se entiende se dice que se mueve. Y por este modo también Platón puso que Dios se mueve a sí mismo: no en aquel modo por el cual el movimiento es acto del imperfecto” (10). En la operación en cuanto tal se trata del movimiento en un sentido impropio o metafórico y también de un tiempo en sentido impropio o metafórico.

Pero, además, considerando la superior analogía de la noción de potencia sobre la noción de materia, se puede hablar, especialmente en el orden intelectual, de movimiento metafísico y vital en un sentido propio y analógico con el movimiento puramente físico. Lo que da lugar para hablar en este ámbito de un tiempo en un sentido superior al puramente físico, como acontece en los ángeles. S. Tomás dice en la Summa Theol. I, 85,4, ad 1: “Por consiguiente al primero hay que decir que el intelecto es por encima del tiempo que es número del movimiento de las corporales cosas. Pero la misma pluralidad de las especies inteligibles causa cierta vicisitud de las inteligibles operaciones, según la cual una operación es antes que la otra. Y a esta vicisitud Agustín le dice tiempo, como dice, VIII super Gen Ad litt. , que “Dios mueve a la creatura espiritual por el tiempo” (11)

Consta también que el hombre, animal racional compuesto de alma y cuerpo, es un ser corruptible como aparece por la muerte. Sin embargo, tiene el alma espiritual e inmortal y en este sentido participa del orden del evo que corresponde más propiamente a los ángeles (12). Esta participación en el orden del evo se tiene un tanto encubierta en este mundo visible; y se torna evidente después de la muerte, cuando el alma humana queda separada y en un modo quasi angélico. Y las operaciones humanas posibles en ese mundo, toman un dinamismo y un tiempo mucho más semejantes al angélico.

El hombre, aunque sea del tiempo y esté rodeados por las cosas temporales, está en un mundo, en donde se da también lo eviterno en diversa medida (13)

Y de momento que toda creatura se ordena a Dios, dice un cierto orden al infinito y a la eternidad divina. Lo que vale especialmente para el alma y la operación humana.

III.- La historia.-

1. - La historia en sí misma.

La historia consiste en la realización del hombre o creatura racional en cuanto a su ser y en cuanto a su actividad humana, desde un principio hasta el fin, en la perspectiva del bien y del mal, según un orden y causalidad, con un sentido no puramente individual sino social, total y universalista, en orden a Dios fin último y primer principio.

La historia consiste “en la realización del hombre o creatura racional”: Se indica algo perteneciente a la causa material de la historia, esto es, la creatura racional o el hombre. La expresión “creatura racional” da pie para poder pensar en los ángeles.

“en cuanto a su ser y en cuanto a su actividad humana,”: Se determina más el sentido de la causa material de la historia. En el fondo se trata de todo lo humano, directa o indirectamente, pero más precisamente del ser o de la persona humana y de los actos humanos que son los actos que proceden de la voluntad deliberada del hombre.

“desde un principio hasta el fin,” De hecho, la historia tiene un principio en el tiempo y se continúa en orden a un fin. (14)

El hombre es agente principal de su quehacer histórico y de su propia descendencia.

“según un orden y causalidad”: Existen el orden y el desorden en las cosas humanas como es evidente. También la causalidad, aunque no hay que excluir la sucesión (15)

“en la perspectiva del bien y del mal”: Se trata de algo formal en la historia. Lo que importa una introducción en el orden moral. Una inteligibilidad a la luz del primer principio del orden moral que dice que hay que querer el bien y rechazar el mal; que supone a los primeros principios del orden especulativo, especialmente al principio de no contradicción.

“con un sentido no puramente individual, sino social, total y universalista”: La persona humana es agente principal de su propia historia. Pero en la historia, a no ser que uno limite su consideración, no se trata de un solo individuo sino de muchos y de todos y en relación con todos los aspectos de la creación; e inclusive con respecto a Dios que la trasciende.

“en orden a Dios, fin último y primer principio”. Dios es el fin último y causa eficiente y ejemplar primera del hombre y de todas las cosas. Dios opera en todo operante. Incluso en la libertad de la creatura racional. La creatura es causa segunda, no causa primera. Dios es causa por creación inmediata de las almas de las distintas personas humanas que van apareciendo en el

tiempo. El bien de las creaturas se dice en orden al bien divino. El mal del pecado es un dicho o hecho o deseo contra la ley eterna.

2. - La historia y el tiempo.

La historia humana se realiza en el tiempo y trasciende al tiempo.

El tiempo está íntimamente relacionado con el movimiento y ante todo con el movimiento físico. De momento que el hombre y su dinamismo están en un orden físico, tienen que ver con el tiempo. Por tanto, la historia tiene que ver con el tiempo considerado en este sentido. De hecho preguntamos sobre el tiempo de la creación del mundo, de la aparición del hombre, de la muerte de Isabel la Católica. Y damos o deseamos dar respuestas con expresiones de tiempo.

Sin embargo, en la realidad incluso física, hay otros aspectos materiales y formales distintos de la realidad del movimiento físico y de su tiempo consiguiente. S. Tomás de Aquino comentando a Aristóteles enseña: “609 /10/. ... muestra según qué el móvil y el quiescente son mensurados por el tiempo.

Y dice que el tiempo mensura aquello que se mueve y está quieto, no en cuanto es piedra u hombre, sino en cuanto es movido y quiescente. Pues la mensura propiamente se debe a la cantidad: por consiguiente la cantidad de aquel que se mensura por el tiempo, eso propiamente se mensura por el tiempo. Pero por la mensuración del tiempo se conoce cuanto sea el movimiento, y cuanto sea la quietud; pero no cuanto sea aquello que se mueve. De donde aquello que se mueve, no simplemente se mensura por el tiempo según la propia cantidad, sino según la cantidad de su movimiento: Por lo cual está claro que el tiempo sea la mensura del movimiento y de la quietud: pero del movimiento de por sí, en cambio de la quietud per accidens” (16) Nos damos cuenta de que la materia, la personalidad, etc. no son exactamente movimiento y tiempo, aunque tengan que ver con los mismos.

La condición físico-temporal del hombre no es puramente extrínseca según una denominación por el movimiento del día; sino también intrínseca por la condición intrínseca de la duración del hombre en su movimiento y quietud en el orden físico. Y pasa algo semejante a lo que acontece con la individuación en el hombre por la materia individual, que es algo del hombre aunque no es todo el hombre; porque hay otros aspectos formales y materiales que constituyen también al hombre; pero la individuación no es sólo de la materia, sino también del alma, del esse y consecuentemente de los mismos accidentes. Así también el tiempo físico, en su condición existencial de duración entrañada con el movimiento físico remarca la condición física del hombre y consecuentemente el resto de su ser. De hecho, con el día solar, no sólo se marca un tiempo para el movimiento y la quietud del hombre; sino también un ritmo vital, como resulta evidente por la vigilia y el sueño, el trabajo y el descanso y las distintas formas de su funcionamiento.

El hombre en cuanto ente físico está sujeto al tiempo. Pero por razón de su alma espiritual e inmortal está en el evo. Y la operación inmanente del mismo como el pensar, el amar y el sentir, se dicen en el tiempo, pero intrínsecamente están en un tiempo que podemos llamar metafísico y vital y que es distinto del puramente físico.

Cuando S. Tomás considera a los actos humanos en la perspectiva de considerar su moralidad, considera al tiempo físico en relación a la circunstancia “cuando”. Esto es, considera una como substancia o esencia específica de los actos humanos y al

cuando como un accidente. Sin embargo, consta que las circunstancias de los actos humanos, en algunos casos trascienden su condición de puras circunstancias y entran en la constitución de la substancia del acto humano. Esto ocurre cuando la circunstancia moral influye de un modo especial bueno o malo en el acto moral. Así, no es lo mismo para un cristiano el comer un gran asado un día común o un viernes santo. En este último caso, el acto que podría ser bueno se convierte en malo y atenta contra la sacralidad del día. Y todo esto vale para la elaboración de la historia.

3. - La historia humana acontece según una cierta participación del evo.

Porque el hombre tiene una cierta participación del evo en su alma espiritual e inmortal.

Y la operación humana está en un nivel que trasciende al movimiento y al tiempo físicos. Así a la misma le corresponde un tiempo superior que guarda una analogía con el angélico. La operación humana tiene aspectos físicos que están en el tiempo físico como el caminar. Pero aún estas dimensiones físicas están bajo el imperio de la inmanencia espiritual del hombre y por tanto de una temporalidad espiritual.

Cuando se da la muerte, el alma separada ingresa en un nivel quasiangélico. Está conmensurada por el evo en cuanto a su substancia y también en cuanto a su operación connatural por la cual conoce y ama a Dios en cuanto autor de la naturaleza.

4. - La historia humana acontece según una participación de la eternidad.

La vida eterna es propia de Dios. Y hay una participación de la misma en las creaturas racionales, por la gracia.

La vida eterna en el alma humana consiste formalmente en la visión beatífica; esto es, en la visión de Dios por la esencia divina con el gozo consiguiente. Como dice Cristo: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo” Jn 17,5 (17) En ella se cumple el fin último sobrenatural de la vida humana. Y esta operación queda siempre en acto perfecto e inalterable. Significa esto que la historia humana se cumple en perfecta trascendencia sobre el tiempo, tanto físico como metafísico; y también sobre el evo.

La vida eterna tiene su perfección en el cielo. Y ya en esta vida hay una cierta anticipación de la misma. Esta anticipación se realiza especialmente por la gracia santificante y la caridad y consecuentemente por los otros dones divinos que perduran en el cielo.

La trascendencia de la visión beatífica sobre el tiempo de la historia no significa la liquidación de la historia. Porque la visión beatífica no es anulación del alma humana, ni de la operación humana o de los aspectos de la sociabilidad y moralidad. Sino un perfeccionamiento más allá del nivel humano, en una participación de lo divino que resulta intrínseco al hombre y que importa una comunicación amistosa del mismo Dios presente de un modo inmediato en la inteligencia. Y quedan otros modos operativos según principios y virtudes naturales y sobrenaturales en el mismo hombre.

Está la distinción agustiniana entre ciencia matutina y vespertina (18). O sea el conocimiento de las cosas en el Verbo o fuera del Verbo, en ellas mismas. Este conocimiento de las cosas fuera del Verbo, en ellas mismas, aunque bajo el imperio de la visión celeste, importa, consecuentemente, una afectividad y perfección operativa, en un nivel natural y sobrenatural y en un modo perfecto. Hay por ej. un amor natural entre las personas y un ejercicio de la Sagrada Teología.

Inclusive, con la resurrección de los muertos reaparece claramente el nivel físico del hombre. Y con esto un dinamismo físico de nivel incorruptible. Consecuentemente debemos pensar en un tiempo nuevo que no se acaba. Y en una historia celeste. Lo que se acaba es la historia de este mundo que es en un tiempo con principio y fin. Pero después a partir de Dios sigue una historia celeste para siempre. “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Oí una voz grande, que del trono decía: He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado.

Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas.” Ap 21,1-5 (19) Queda también el castigo eterno del infierno, como una parte dividida de la historia; y en ella un tiempo para siempre fracasado.

Lo que se da fundamentalmente, en la gloria de la resurrección, es una perfecta compenetración de lo formal del alma en lo potencial del cuerpo. Y una perfecta infusión y difusión de lo espiritual celeste en lo corpóreo y natural. Lo que lleva a una superación de cierto modo de imperfección en la potencia, en base al acto, a lo colmado y logrado. Así puede darse un cierto dinamismo perfecto. Algo así, analógicamente, como si dijéramos en esta vida, ya viví perfectamente a este paisaje y corresponde ahora que vaya a vivir perfectamente a otro paisaje. Y esto sin inadecuado nerviosismo o excitación, con supremo gozo y sin tristeza.

5. - La historia humana se perfecciona con la encarnación redentora de Cristo.

“...al llegar la plenitud de los tiempos” (Gal 4,4) (20), el Hijo de Dios se hace hombre por nosotros y por nuestra salvación. Esto significa que el hijo de Dios se hace inmanente hasta el extremo en el hombre y consecuentemente en el tiempo y en la historia del hombre. La humanidad de Cristo queda incorporada a la persona divina del Hijo para que subsista en ella y exista por ello. Los actos humanos de Cristo que tienen un contenido histórico tienen una dimensión no puramente humana, ni puramente sobrenatural por la gracia santificante, sino que son teándricos. Esto es, son actos de su persona divina; y esto, en referencia y mediación de la naturaleza humana asumida.

El influjo de Cristo se extiende a toda la historia. Dada la realización de su encarnación redentora, por el influjo real de su naturaleza humana y operación humana asumidas en Dios. Pero aún antes de la realización histórica de la encarnación redentora, en cuanto la misma estuvo presente en la mente divina y en la perspectiva de la misma Dios operaba. Así decimos por ej. que la Virgen María fue preservada inmune del pecado original en previsión de los méritos de Cristo.

Cristo cumple su misión redentora especialmente con los misterios de su Pasión, Muerte y Resurrección. Así reconcilia al hombre con Dios y abre las puertas del paraíso que habían sido cerradas por el pecado original. Todo el orden de la historia y del tiempo queda sujeto a Cristo y conmensurado por Cristo.

El influjo de Cristo es universal en el cielo y en la tierra. Son palabras de Cristo: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 20,18) (21). También en el purgatorio y en el infierno. Sobre el reino celeste de Cristo dice el Apocalipsis: “A su luz caminarán las naciones, y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria. Sus puertas no se cerrarán de día, pues

noche allí no habrá, y llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones. En ella no entrará cosa impura ni quien cometa abominación y mentira, sino los que están escritos en el libro de la vida del Cordero” (22) Y el reino de Cristo no tendrá fin (23).

La Virgen María, por razón de su divina maternidad y corredención, secunda a Cristo en su influjo universalista. Cristo y la Virgen actúan en la Iglesia y en el mundo. En la tarde de este mundo corruptible, la luz de Cristo brilla particularmente en el sacramento y sacrificio de la Eucaristía.

6.- La historia del hombre en Dios y en sí misma.

Dios es la causa primera y universalísima. El hombre y cualquier agente de la historia solamente pueden ser causas segundas. El ser del efecto se precontiene en la causa. Por tanto, todo el ser de la historia se precontiene en Dios.

Por tanto, la historia es la realización de un proyecto definitivo de Dios, en quien reconocemos su infinita sabiduría, providencia, predestinación y reprobación, sobre la creatura racional, en ella y con ella.

Conclusión.

En la historia hay que ver al hombre total que se va realizando y va acompañando aunque sea limitadamente al ser eterno de Dios. Dios se comunica al hombre hasta un punto tal que este hombre que es Cristo Jesús es Dios y es principio y norma de la historia. La historia del hombre es realización del hombre y más que nada de Dios. Esto vale en lo que tiene de perfecto con exclusión del pecado. El pecado es algo propio del hombre, en razón de su defectibilidad de creatura racional y libre. En relación al pecado Dios interviene impecablemente, permitiendo, perdonando o no perdonando, castigando. La sangre de Cristo da testimonio de la sabiduría de Dios, de su amor misericordioso y de su voluntad de salvación del hombre.

NOTAS.

- (1) Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte; Vaticano 6/1/01. Ed. Paulinas 1ª, 3 reimpr. 2001, B. Aires, Introd. 5, p.8.
- (2) S. Tomás de Aquino, Summa Theol. Ed. Marietti, Taurini-1950-Romae, I, 18,3 ad 1.
- (3) Cf. In Scriptum super libros Sententiarum, Ed. Lithielleux, Parisiis (VI e), 1929, I Dist. 19, q. II, art. 1, c. Cf. Buonpensiere O.P. Commentaria in I.P. Summae Theologicae S. Thomae Aquinatis O.P. A Q. I ad Q. XXIII, Ed. Fridericum Pustet, Romae 1902, q. 10,1, n.475.
- (4) S. Tomás de Aquino, In Scriptum super libros Sententiarum, Op. cit. II, Dist. 12, q 1 art. 5, ad 3.Cf. Summa Theol. Op. cit. I, 85,4, ad 1. Cf. Joannis a S. Thoma O.P. Cursus philosophicus thomisticus. Ed. Marietti, Torino 1950, T.II, Naturalis philosophiae I p, q.18, a.1, p. 370-371
- (5) Cf. Joannis a S. Thoma, ib.
- (6) Ib. Op. cit. art. 3, p. 380. Aristóteles Physicorum L.IV, cap. XIV, n 461; In S. Thomae Aquinatis In octo libros Physicorum Aristotelis Expositio, Ed. Marietti, Taurini-Romae 1965, L.IV, l. XXIII, n. 635. S. Tomás, Summae Theol. Op. cit. I, 10,6 c.
- (7) Joannis a S. Thoma, ib.
- (8) S. Tomás de Aquino, Summa Theol. Op. cit I, 10,5,c.

(9) Ib. “Por consiguiente hay que decir que, en cuanto la eternidad sea la medida del ser permanente, según que alguno recede de la permanencia del ser, según esto recede de la eternidad. Pero algunos así receden de la permanencia del ser, que el ser de los mismos es sujeto de la transmutación, o consiste en la transmutación: y los de este modo son medidos por el tiempo; como todo movimiento y también el ser de todos los corruptibles. Pero otros receden menos de la permanencia del ser, porque el ser de ellos ni consiste en la transmutación, ni es sujeto de la transmutación: sin embargo tiene a la transmutación adjunta, o en acto o en potencia. Como está claro en los cuerpos celestes, cuyo ser substancial es intransmutable; sin embargo al ser intransmutable lo tienen con la transmutabilidad según el lugar. Y de manera semejante está claro de los ángeles, que tienen el ser intransmutable con la transmutabilidad según la elección, en cuanto a su naturaleza pertenece; y con la transmutabilidad de las inteligencias y afecciones, y de los lugares en su modo. Y por consiguiente los de este modo son medidos por el evo, que es medio entre la eternidad y el tiempo. Pero el ser que mensura la eternidad, ni es mutable, ni adjunto a la mutabilidad. Así, por consiguiente el tiempo tiene antes y después: pero el evo no tiene en sí antes y después, pero al mismo pueden unirse: y la eternidad no tiene antes ni después, ni se compatibiliza con los mismos”. Cf. Ib. I,10,6; 47,2; 50,4. In *Scriptum super Libros Sententiarum*, op. cit. II, Dist.2, q.1, a.2. *Quaestiones Quodlibetales*, Ed. IX Marietti, Torino, 1956, V, q. 4, a. un. c.

(10) Op. cit.

(11) Op. cit.

(12) Op. cit. I, 10,6, ob. 3 et ad 3.

(13) Op. cit. I, 10,6; 47,2; 50,4.

(14) Cf. Denzinger-Hunermann (D-H), *El Magisterio de la Iglesia*, Ed. Herder, Barcelona 1999, n 800.

(15) Cf. *Summa Theol.* Op.cit. I, 10,6, ob. 4 et ad 4.

(16) *In octo libros physicorum Aristotelis. Expositio.* Op. cit. L. IV, l. XX, 609, /10/ p. 298.

(17) *Sagrada Biblia*, Ed. Nacar-Colunga, BAC, Madrid, 1955.

(18) Cf. S. Agustín IV *Super gen. Ad litt.* C. 22: ML 34,311-312. ; XI de *Civitate Dei* c.7: 41,322-323. Cf. S. Tomás, *Summa Theol.* Op. cit. I, 58,6

(19) *Sagrada Biblia*, op. cit.

(20) ib.

(21) ib.

(22) Ib.

(23) Cf. D-H, op. cit. 46,150.